

BALANCE 2011

Siempre se ha dicho que los años bisiestos traían desgracias. 2012 lo es. Sin embargo, no se puede decir que 2011, casi a punto de extinguirse, haya sido un año bueno.

En lo general, la malhadada crisis económica no sólo nos ha atrapado a los que vivimos en el lado bueno de la vida, sino que nos ha amedrentado y nos ha ido restando esperanza. Una cosa buena, por decirlo de algún modo, tiene la extrema pobreza de muchos; ellos no notarán demasiado la diferencia, o tal vez sí. Los recortes en aportes solidarios también están ahí ahorrando ‘el chocolate del loro’, cuando las grandes empresas avanzan en beneficios –ellos dicen que han ‘ganado algo menos’-, los estados se retraen y cortan el grifo del empleo y las obras públicas y los banqueros se cubren el riñón con pensiones millonarias o se ponen sueldos de escándalo.

En el nivel del ciudadano de a pie, también se producen recortes y los primeros, será mimetismo, se producen en el campo de la solidaridad. Sin embargo, se prevé un gasto superior en lotería y como las ciudades se iluminan para –dicen- promover el consumo navideño, es muy probable que muchos salgan a gastarse el dinerito en cosas absolutamente prescindibles.

Si suben los impuestos y las tasas, se congelan los salarios y se aceleran los despidos, rebajando las indemnizaciones y prestaciones, y, además, los ciudadanos han de consumir para reactivar la economía, no tengo ni idea de por qué se considera que estudiar economía es una ‘buena salida’ y una carrera seria.

Si a los jóvenes emprendedores y autónomos se los incita a que creen empresas, sin facilitarles créditos, sin protegerlos de los impagos de las grandes empresas que los sub-contratan y considerando que ya no son tan jóvenes cuando han pasado de los treinta años, en ese caso no entiendo –nunca entendí- un slogan que anunciaba que los ‘niños viajaban gratis, hasta los dieciocho años’ o cuando, cada vez más, las madres primerizas han cumplido los cuarenta años.

Hay quien dice que la crisis económica nos hará reflexionar, apiñarnos y dejar de vivir como ‘nuevos ricos’. Es posible que esta crisis enseñe algo a algunos. Pero, ¿qué pasa con los que nunca han despilfarrado, con los que han guardado algo para la vejez o para ayudar a los hijos a situarse? ¿Qué habrán de hacer aquellos que siempre han sido comidos en sus necesidades y hasta en sus pocos caprichos? ¿Qué tendrán que aportar los que siempre han sido solidarios, han pagado sus impuestos y no han defraudado jamás a la hacienda pública? ¿De dónde sacarán los que jamás han

especulado, ni extorsionado, ni robado o vendido por sobre-precio o los que nunca han sido partidarios del célebre “pagar, lo último”?

Bien. Está claro que la economía produce tremendas perplejidades a alguien que, como yo, ha estudiado una cosa que aparentemente no tiene mercado como la Filología Semítica.

Por cierto, hablando de estudiar. Otro aspecto preocupante es el de la educación, deteriorada, aún más si cabe en el año que termina, y rematada con una frase que le oí no hace mucho a un ‘intelligentísimo señor’ que decía algo así: Las nuevas tecnologías (entiéndase Internet) permitirán prescindir del maestro tradicional. ¡Por favor! Todos hemos tenido malos maestros y malos profesores de universidad; unos nos provocaban hilaridad y aguzaban nuestro ingenio para poner motes y otros, cuando ya éramos un poco más mayores, nos incitaban a ‘buscarnos la vida’ por bibliotecas y hemerotecas, supliendo el déficit. Pero todos, todos sin excepción, hemos tenido maestros que nos han abierto los ojos, que nos han señalado un camino, que nos han despertado una vocación y no sólo nos enseñaron una materia, sino que nos enseñaron a vivir. Somos producto de esos hombres y mujeres, de los malos y de los buenos, pero en particular de estos últimos que nos indujeron a superarnos y a meternos en camisa de once varas, afrontando retos y avanzando por caminos poco explorados. Si todos esos conocimientos ‘no productivos’ desaparecen, si todos esos maestros ‘poco rentables’ se sustituyen por la máquina, no sólo perderá el conocimiento, sino que nos deshumanizaremos.

Las relaciones padres e hijos son básicas para el desarrollo de personalidades equilibradas que puedan huir de asaltos neuróticos o paranoicos. Cuando el niño sale de casa y se va a la escuela, el instituto y la universidad, el papel equilibrante y estructurador lo ejerce el maestro. ¿Cómo serán las personalidades del futuro de quienes sólo se relacionaron con una máquina? ¿Autistas, egocéntricas, dependientes? ¿Cómo se puede matar al padre, dándole un mazazo al ordenador? ¿Se puede desarrollar y normalizar un Edipo, enamorado de la computadora?

No voy a decir nada de la sanidad pública, ni de los sanitarios, porque eso me llevaría muchas más páginas y quizá no haya quien las resista. (Todo lo que se escribe aspira a ser leído).

Siendo el panorama el que es, aún hay cosas peores. La gran tragedia del hombre son las muertes injustas. No nos engañemos. Todos deberíamos poder cumplir unas expectativas básicas en la vida. Nadie debería morir de hambre ni de enfermedades

menores que están erradicadas en los países pudientes. Nadie debería morir víctima de una bomba, de un atentado, en un robo con violencia o a manos de su pareja con quien ha roto lazos.

¿Cuántas víctimas de este tipo hemos tenido en el año 2011 en todo el mundo? ¿Nos sentimos responsables de toda esa violencia aunque ocurra lejos de la puerta de nuestra casa? ¿No nos inquietan las fosas comunes descubiertas aquí y allá? ¿No nos espantan los muertos de tiro en la nuca? ¿No nos aterran y nos remueven las masacres que producen los que juegan con la vida de los demás traficando con drogas, órganos, menores o mujeres? En este año hemos tenido de todo eso, en una escalada feroz.

Si descendemos al nivel del ciudadano de a pie; de mí, por ejemplo, este año he perdido en circunstancias trágicas a dos personas jóvenes. Dos personas que no habían cumplido su ciclo vital. Dos personas que tenían muchas cosas que ofrecer al mundo. Uno de ellos falleció, sin haber cumplido los cuarenta años, en un accidente de moto, sumiendo a sus padres, hermanos y amigos en la terrible pregunta del sinsentido. Podríamos decir que fue un hecho circunstancial, un accidente inevitable y consolarnos con la idea de que hasta ese momento había vivido como quería –eso nos gusta suponer– y también que fue una muerte instantánea, sin sufrimiento para él. Descanse en paz.

El otro joven, de unos cincuenta años, se ahorcó. Perdió el instinto vital por falta de amor o porque no supo ver que había bastante gente que le quería. De esta muerte somos culpables muchos que no supimos ver que el mal que le atacaba le estaba haciendo perder perspectiva, objetividad y esperanza. Desató la tragedia un silencio. Silencio que no pudo soportar. Un silencio gratuito, infundado, premeditado, cruel e injusto. La persona que le negó la palabra y el reconocimiento creó un vacío de campana neumática a su alrededor que le impedía oír las voces de los que le amaban, impidiéndole al mismo tiempo tomar conciencia de sí propio. Se vio negado, se sintió invisible y marginado, excluido, y no supo volver a encontrarse. Focalizó su desesperación en un punto, el de la negación, y no supo reconocer las afirmaciones que había en su entorno. Es posible que al morir de ese modo terrible haya entrado en la verdadera misericordia y haya comprendido al fin que sí existe una forma de amor eterna, incondicional y fiel, como la que ningún ser humano puede otorgar.

Estas dos muertes cercanas me ponen ante el hecho incontestable del azar y la locura e iluminan como azar y locura el fondo de otras muchas cuestiones, como las arriba citadas. La Biblia dice que la maldad es locura y que es más difícil que razone un malvado, que el leopardo pierda sus manchas. ¡Cuánta razón tiene!

Desde lo particular, desde el dolor particular, al universal, no puedo dejar de pensar que este año 2011 ha sido el año de la locura. Esa fuerza ciega que nos priva de contemplar la realidad, que nos invita a construir una realidad falsa ante nuestros ojos, por la cual nos creemos omnipotentes o irresponsables; o lo que es aún peor, justos que construyen su propio código, y sembramos a nuestro alrededor, al dejar libres a nuestros fantasmas, nuestras frustraciones y miedos, el dolor, la muerte, la enfermedad, la desesperanza, el silencio, la negación y la exclusión, creyendo que así alcanzaremos nuestros deseos.

Sin duda, el año 2011 ha sido el año de la locura. Esperemos que 2012, aún siendo bisiesto, sea el año de la recuperación de la cordura y con ella de la esperanza. Deseadlo con fuerza, que ese sea vuestro único deseo. Tal vez así lo consigamos. No escatiméis en gastos para alcanzar sentido común. Es la única inversión verdaderamente rentable.